DISCURSO
SOBRE EL CEMENTERIO GENERAL
QUE SE HA ERIGIDO
EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE LIMA
POR EL ÓRDEN, ZELO Y BENEFICENCIA
DE SU EXCMO. SEÑOR VIREY
DON JOSÉ FERNANDO
DE ABASCAL Y SOUSA.

POR DON FELIX DEVOTI, PROFESOR DE MEDICINA.



Impreso en la Casa Real de Niños Expósitos.
Año de 1808.

Y por su original en la Habana, reimpreso por Estevan Boloña.

1809.

Pareciéndome de un merito muy distinguido los adjuntos papeles sobre el Cementerio General de Lima, los manifesté á un sugeto tan respetable por sus conocimientos como por su alta dignidad. Los leyó detenidamente, y mereciendoles un juicio aun mas favorable del que yo habia formado de ellos, creyó que su publicacion en esta Ciudad sería muy útil, por las luces que esparcirian con las bellezas de su estilo y amena erudicion, y por los sentimientos que inspirarían de solida y verdadera piedad, de respeto á los Templos y á los Cementerios. El que se ha establecido en Lima excede al de la Habana, y puede competir en extension y suntuosidad con los primeros de Europa. Los ilustres Xefes de esa opulenta Ciudad nada han omitido para engrandecer y decorar un monumento autorizado por la primitiva disciplina de la Iglesia, por las leyes de todas las naciones cultas, y recientemente recomendado por nuestros Augustos Soberanos.

Encargado de la redaccion de estos papeles, por el mismo sugeto que costea la reimpresion y destina su producto á beneficio de los niños Expositos, he reunido en dos solos quadernos los quatro que se imprimieron en Lima separadamente. El uno, contiene la Exhortacion de su Ilmo. Señor Arzobispo recomendando el Cementerio de esa Capital; y el Reglamento que debe observarse

en él, con acuerdo del Excelentísimo Señor Virey. El otro comprehende un eloqüente Discurso sobre ese establecimiento por Don Felix Devoti, profesor de Medicina; y la Descripcion de su magnífica arquitectura y demas adornos. El precio de cada quaderno será quatro reales, y los expenderá el Capellan y Administrador de la casa Cuna. Con esta contribucion se exercitará la caridad socorriendo á esos infelices desvalidos, y se ilustrará el espíritu por los conocimientos que adquiera con la lectura de estos impresos.

Habana y Noviembre 10 *de* 1808.

Dr. Tomas Romay.

DISCURSO
SOBRE EL CEMENTERIO GENERAL ERIGIDO EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE LIMA.

MAS FACILMENTE SE ALTERAN Y VArían las leyes que las costumbres; y quando se mezcla en ellas el mas leve aparato de Religion, avasallan al entendimiento, y desprecian la utilidad y el decoro. La opinion siempre débil en sus principios, movida tal vez por causas pequeñas, adquiere nuevo vigor con los años, y bien pronto se comunica de los grandes al pueblo: en aquellos la introduce la vanidad, y en este la fomenta la natural propension y furor de imitarlos.

Tal ha sido la suerte del pernicioso abuso de los entierros practicados en las Iglesias, inventado por una falsa piedad, y sostenido por el orgullo que sobrevive aun mas allá del sepulcro.

Agitado el hombre entre la esperanza y el temor de una eternidad, busca en el templo un asilo: y quando la irreparable pérdida de un esposo ó de un padre siembra en la desolada familia la miseria y el espanto; agrava la opinion su bárbara mano, confunde la Religion con el luxo, la obligacion con la vanidad, y convierte á veces el pan de lágrimas en el triste precio de las fúnebres pompas.

¿ Hasta quando, vilipendiada así la razon no hallará amparo la humanidad desgraciada, en los dias de su mayor desconsuelo ? ¿ Hasta quando infestando el ayre que respiramos, profanaremos la augusta magestad del templo, y rodearán el altar los tristes restos de nuestra corrupcion y miseria ? ¿ Este es el Santuario que en testimonio de su gratitud erige la débil mano del hombre al poderoso autor de la vida ? ¿Sobre un fétido cùmulo de cadáveres quemará el sagrado incienso y ofrecerá el puro holocausto de su eterna reconciliacion ?

Pero ¡ qué pronto sigue el castigo á la irreverencia, y paga el hombre en su mismo delito la pena que ha merecido ! Desarrollada la corrupcion en fuerza de la humedad, se exâlta por el calor; y acumulada en el sagrado recinto sin comunicacion exterior, corrompe su atmósfera

y venga así á la Divinidad agraviada. Consume la respiracion, y apuran las luces el ayre vital en los dias en que la devocion reune mas crecido nùmero de fieles en las Iglesias, y solo queda su parte mas pesada y grosera. Alterado en su equilibrio, no halla el pulmon el necesario estímulo al descomponerle; y se introduce en los órganos debilitados la fatal semilla de muerte con las venenosas exâlaciones de los cadáveres. ¡Gran Dios! Al tiempo mismo que nuestros votos claman ante tu augusto solio por la conservacion y la vida ¿hallarémos en tu propia morada la destruccion? Cayga el espeso velo de la preocupacion, y veremos levantarse de esos túmulos la aura mortal que minó sordamente la salud de la mas bella porcion de la sociedad, y el funesto principio de enfermedades que acabáron por fin la esperanza de una tierna consorte, y arrebatáron un padre á su desolada familia. Almas devotas, vosotras que anhelando la eterna salvacion, consumis los dias en continuas oraciones ante el altar, mirad, que de esas tumbas que incautamente pisais, brota el fatal veneno que devora vuestra débil exìstencia, quando la compostura exterior, y la elevacion del espiritu le facilitan la entrada en vuestro pecho. Mas no

se limita al templo su mortal influencia: la corrupcion se extiende aun mas allá de los sagrados muros; infesta sus inmediaciones, y corriendo qual voraz llama á la que sirve de pábulo quanto encuentra en su marcha, ha desolado á veces las ciudades mas populosas.

Hable la historia; consúltese la experiencia. Mas, ¿para qué reproducir lo que han apurado otros mas felices ingenios, y ha sido repetidas veces el tema de las brillantes plumas de Europa y de esta feliz parte del globo, que émula ya de las glorias de su antigua maestra le compite hoy en patriotismo y buen gusto? La Física lo há demostrado hasta la evidencia; y ha llorado mil veces la Medicina sus funestas resultas.

Aborrecen los brutos mismos los despojos de sus semejantes; la naturaleza se estremece al verse humillada, y avisa con el fastidioso olor que despiden los cuerpos al disolverse, quan infestas son sus exâlaciones. La razon enseñó á las naciones mas bárbaras á segregar sus muertos de la sociedad. Eleváron los asirios en vastas llanuras sus mausoleos; los egipcios, aunque mas supersticiosos, fabricáron sus pirámides en arenales; escogiéron los hebreos los desiertos para sepulcros; y los griegos,

junto con sus leyes, transmitiéron á la antigua Roma la inviolable costumbre de erigir en los caminos públicos las tumbas y hogueras. Los vastos cementerios que aun blanquean en la cumbre de los mas arídos cerros en el Perù, y sus huacas comprueban la sagacidad de los Incas. Así lo ha exîgido en todo tiempo la salud pública; así lo ha dictado el deseo de la propia conservacion, el respeto debido á las cenizas de nuestros mayores, el decoro de las ciudades, y la veneracion de los templos, cuya magestad han temido siempre profanar con sepulcros aun aquellas naciones que envueltas en la barbarie del gentilismo, erigian altares á sus torpezas y vicios.

Mas en los siglos de la Filosofia ilustrados por el Evangelio tanto ha podido la preocupacion y el abuso, que confundiendo todos los derechos de la razon, rodea por todas partes al infeliz ciudadano el funesto depósito de la podredumbre y muerte. ¿No basta que esta superficie exterior de la tierra, que el hombre habita, que sus desvelos adornan y riega con su sudor; esta que sirve á su alimento, á su comodidad y á su luxo, sea el resultado de la corrupcíon, y el mísero resto de infinitas generaciones

que le han precedido ? ¿ No basta que la especie humana traiga consigo desde el nacer la semilla infausta que mina su débil compuesto ¿Es preciso además que reciba de la sociedad, en pago del bien que esta le proporciona en las opulentas ciudades, un ayre limitado, ingrato y mortal ? No aceleremos con los venenosos efluvios de una reciente disolucion el último instante de una vida demasiado breve; no agravemos la pesada carga de males que nos abruman. Arda en el Santuario el aromático incienso, y con él suba solo ante el trono del Omnipotente el suave olor de la oracion y alabanza.

Las terribles persecuciones que suscitó el abismo contra la Iglesia del Señor en los primeros siglos de su establecimiento, obligáron á los primeros christianos á ocultar en las catacumbas los cuerpos de sus Mártires para substraerlos de la furia de los paganos. Sus profundas é intrincadas bóvedas les prestáron al mismo tiempo un asilo para la celebracion de los sagrados misterios, en aquellos dias de desolacion y espanto. Rayó por fin la feliz aurora de paz, y restituido el sosiego á la agitada nave, se estableció por ley, lo que habia sido practicado ántes á solo

impulso de la necesidad. Las reliquias de los heróicos defensores del Evangelio, que derramáron por la fe gloriosamente su sangre mereciéron servir de base al altar. La gratitud de la Iglesia decretó al gran Constantino en el atrio el lugar de su entierro. La santidad de los primeros Obispos en aquellos venturosos tiempos de fervor y zelo, les concedió igual distincion. Se extendió despues á los Sacerdotes: y las donaciones hechas al templo relaxáron por fin la severidad de la disciplina en favor de los seculares. ¡Funesto abuso de privilegios! Tú marcas la decadencia de los imperios. Si: mas respeta á la Religion: no hay en ella otro distintivo que la virtud. ¿Y donde están las cenizas de aquellos que mereciéron los soberbios honores del sepulcro? El tiempo que todo lo iguala, ha confundido el polvo del poderoso y del pobre. ¿Quien sabe donde paran los miserables restos de los Césares y Alexandros? Si los guanches de Tenerife y los magnates de Egipto han substraido sus cadáveres á la voracidad de los siglos, han consegido tan solo cambiar en irrision el antiguo respeto, y sirven de cebo á la ociosa curiosidad.

Desaprobó siempre la Iglesia esta odiosa costumbre; reclamáron por ella sus mas zelosos ministros, y se multiplicáron los cánones. Los Emperadores revalidáron sucesivamente las mismas leyes; y Teodosio no contento con mandar extraer de la Ciudad los que de antemano estaban depositados en sus monumentos, multó en la tercera parte de su patrimonio al que osase quebrantar lo mandado; Justiniano abolió toda clase de privilegios: las capitulares de Carlo Magno extendiéron mas ampliamente esta misma prohibicion; y una de nuestras leyes de Partida justifica el motivo de tan necesarios decretos. Mas ¡ qué no puede la preocupacion é ignorancia ! Su imperio es mas poderoso que la misma autoridad, la razon y la fuerza.

Nada es mas justo que el tributar los últimos honores en testimonio de amistad y gratitud á los que otras veces, compañeros de nuestros placeres y penas, nos arrebató para siempre la muerte: ni mas propio de la humana naturaleza que el respetar los tristes restos que alvergáron una alma inmortal, que primero le hicièron sentir su energía. desplegaron con sus órganos sus ideas, y le ayudaron en cierto modo á su perfeccion,

Pero no por llenar este sagrado deber, habremos de respirar los venenosos vapores de sus cadáveres, y ultrajar el decoro del Santuario: y no serán las fùnebres pompas un lenitivo al dolor, mas sí un tributo servil á la preocupacion que agravará el enorme peso del infortunio. Religion divina! tú que haces de la esperanza una virtud; tú que conviertes en mérito las penas mismas inseparables del hombre, y premias el sufrimiento; tú sola derramas el bálsamo saludable en las heridas que la naturaleza y la razon, no pueden sin ti suavizar un instante.

Gozan los cementerios sus fueros y privilegios como las Iglesias: prohiben severamente los cánones con iguales penas el profanarlos; como ellas, necesitan de expiacion si llega á veces á mancharlos la casualidad ó el delito; sugetos igualmente que los Templos al entredicho, está cerrada su entrada á los que separa de su gremio la Iglesia; y no solo el derecho canónico, mas aun nuestras leyes respetan su inmunidad. Este es el sitio en donde la inevitable ley de la corrupcion, que desde el útero materno persigue al hombre hasta volverle á su primitivo polvo, disolverá su débil compuesto sin infestar á los vivos. No limita la Iglesia sus te-

soros á la material inhumacion en el Templo.

Penetradas de estas razones las Cortes todas de Europa han desterrado el pernicioso abuso que introduxo una especie de fanatismo; y han erigido fuera de las ciudades sus cementerios. Por esto ha expedido el paternal desvelo de nuestro Augusto Soberano repetidas Reales Cèdulas para que desfrute la América sus ventajas. La escasez de fondos públicos habia frustrado hasta ahora tan sabias disposíciones en esta Capital: mas en el dia reanimada por la sagacidad de un Xefe filósofo, fecundo en arbitrios, activo y vigilante, excusa su demora con la magnificencia del nuevo edificio. Restituido el decoro á la ciudad, y la salud á los pueblos con útiles reglamentos de policía, afianzada la pública seguridad con la refaccion de sus desmoronadas fortificaciones, erige ahora en el nuevo Panteon un cómodo asilo á los muertos, un lenitivo al dolor, y un preservativo á la conservacion de los vivos.

Incalculables eran los males que había acarreado á este gran pais el total abandono de su policía. Cubiertas de inmundicia sus calles, estancadas sus aguas que brindan por si solas la comodidad y el aseo, infestaban su clima, y ofreciendo por todas partes el vergonzoso monumento del descuido y de la indolencia, inverti-

an en su daño su misma amenidad, y los privilegios con que parece haberle distinguido la naturaleza de las demás partes del Globo. No alteran desechos vientos nuestros plácidos dias; mas tampoco purifican la atmósfera: no inundan copíosas lluvias nuestras campiñas; mas no arrastran la asquerosidad de su suelo; y si el rayo devastador y el trueno son desconocidos á su pacífico habitante; nada altera los mortales efluvios de un ayre siempre sereno. De esta manera respiraba el infeliz ciudadano por entre los engañosos zéfiros de una eterna primavera, disfrazada la muerte en mil aspectos distintos. Restaurado ahora el órden y la policía que han sido siempre en los paises cálidos la parte mas esencial de sus ritos y ceremonias religiosas, han desaparecido las epidemias que asolaban al pueblo, quando al variar de las estaciones, el repentino paso del frio al calor debilitaba nuestra fibra ya lánguida demasiado, y la hácia mas sensible á los venenosos miasmas que respiraba. Comparado el número de muertos con los anteriores, es muy notable su diferencia. Los profesores médicos, y el público mismo lo ve, palpa y confiesa. Ahora diez años en los estados de un entero quinquenio hechos por órden superior, ascendia el cálculo medio de sus muertos á 2500

que en su poblacion de poco mas de 52.000, almas, corresponde á mas de un 4 por 100. Excesivo parece á la verdad este cálculo sin admitir qualquiera causa particular destructora, y solo puede en algun modo salvarse considerando el crecido número de forasteros que anualmente fallecen. Esto no obstante no guarda proporcion la grande diferencia que en el dia se encuentra en el número de muertos considerablemente menor. Mas quando llegue á completarse el vasto plan de un nuevo colegio médico ya empezado á erigirse desde sus fundamentos, cuya necesidad siente demasiado Lima, y por el que claman indistintamente todos los pueblos de este imperio, que quanto mas remotos de la capital, tanto mas han sido hasta ahora vítimas de la ignorancia y del empirismo: aumentará el Reyno su poblacion, y conocerá la extencion toda del bien que le proporciona la sabia mano que le gobierna. Hábiles profesores saldrán de aquí á sus diversas provincias, y salvarán anualmente la vida á muchos miles de sus habitantes. La cultura, la industria y el buen gusto son siempre en una nacion á proporcion del número de sus individuos; y en un pais como este donde brinda á manos llenas la naturaleza sus tesoros, enriqueciendose anualmente la sociedad de

un crecido número de brazos útiles, que salvará el nuevo y bien concertado estudio de la médicina progresando rápidamente, vengará la injuria que hasta ahora han hecho algunos al genio y talentos americanos.

Entretanto que este grandioso proyecto nos promete la felicidad, disfrutará la salud pública en el estreno del nuevo Campo-santo infinitas ventajas. En él se disputan la preferencia, lo suntuoso, la comodidad y el aseo, de suerte que si no excede su edificio á los mas celebrados de Europa, los iguala. Construido en lugar arenoso y elevado, léjos de todo manantial, los vientos que le dominan disiparán sus exâlaciones sin infestar la Ciudad; y su vasta extension de 190 varas sobre 260 de fondo, ofrece bastante espacio para que perfeccione còmodamente el tiempo la entera disolucion de los cuerpos, ántes que la necesidad llegue á turbar su reposo. Una ancha cerca que le divide del camino, hace ver desde allí por entre sus rejas el Jardin en cuyo fondo se eleva una magestuosa Capilla que sirve de entrada al cementerio. Su fachada noble y sencilla la acompañan por ambos lados dos cómodas hileras de habitaciones para sus ministros, y rematan en dos grandes puertas que igualmente conducen al Panteon. En el frontispicio princi-

pal recostados por ambos lados están los primeros padres del hombre. La expresion mas patética y sublime anima estas estatuas, y fuerza á cierta admiracion que es el privilegio y el verdadero distintivo de las bellas obras. Adan reclinado sobre el codo parece absorto entre la meditacion y el dolor; y Eva avergonzada de su funesta credulidad esconde el rostro, y aparta de sí la fatal poma que aun conserva en su mano. En el medio, rotos los trofeos de la muerte, entrelazados con laureles y palmas, sirven de basa al signo augusto de la redencion, y al pie se lee AL TRIUNFADOR DE LA MUERTE. Construido el templo en figura octógona presenta quatro puertas en sus frentes, y de sus ochavos sobresalen otras tantas piezas para las respectivas oficinas. Sostienen ocho columnas la elevada bóveda, en donde el feliz ingreso á la gloria de aquellos que adornáron á Lima con sus virtudes, y hoy veneramos en los altares, está pintada con aquella energía que caracteriza un pincel correcto y expresivo: y está en el centro el túmulo, desde el qual el mismo autor de la vida enseña al hombre á morir. De aquí se baxa por la izquierda al déposito de los eclesiásticos; lleva la derecha á la triste mansion de los opulentos; y por en medio, una espaciosa y bien

compartida alameda de álamos y cipreses divide en dos una vasta area hasta la mitad del terreno para la clase media de la sociedad. Ven mortal orgulloso; sigueme, y mira tu vanidad confundida. Este es el túmulo del gran Pastor que aun llora Lima, aquel que fué el esplendor del Santuario, el exemplo y el amor de su grey. Su virtud solo vela sobre la estrecha y sencilla urna que le cubre. Está arrimada en lo exterior de la Capilla como en señal de que ahí yace el reedificador zeloso del templo. Sigue esta misma calle en donde están sobre tres órdenes infinitas bóvedas que inspiran por si solas un misterioso respeto. Estas las ocuparán las dignidades primeras de la Iglesia; aquellas el clero y las órdenes regulares. Sigue, y en el ángulo que remata esta calle separadas de las demas, esperan las religiosas el premio de su virginidad. Al doblar esta esquina estarán las cofradias que erigió la piedad christiana y fomentó el zelo de sus devotos. Vuelve sobre tus pasos, y en lado opuesto encontrarás aun mas viva leccion. Estas primeras tumbas reducirán al polvo la vanidad y el poder; aquí dormirán los xefes. Se disipará su esplendor como el humo, á ménos que la beneficencia y la humanidad les labren mas duraderos monumentos en la memoria de los hom-

bres. Allí la toga se confundirá con la corrupcion. Seguirán los padres de la Patria; y los que el mundo ha distinguido con sus honores, y con sus dones la fortuna. Mira por uno y otro lado de esta ancha calle que se abre en el medio desde la puerta principal sobre la qual la esperanza christiana con el libro de la ley en la mano expresa en su ademan las ansias de remontarse al Cielo; mira estos dos grandes claustos en cuyos remates exâlan de trecho en trecho el romero y la albahaca sus perfumes. Entra; mas de mil bóvedas se presentan por todos lados; aquí el ciudadano pondrá el último término á sus mas sagradas obligaciones sociales, y aquel hondo pozo en el medio confundirá por fin sus áridos huesos. La variedad de las flores y el verde que hermosean su interior piso, forman un extraño contraste entre el terror y el agrado, é inspiran aquella dulce melancolía que es el verdadero patrimonio del hombre; al mismo tiempo que absorviendo el ayre mefitico exâlan en cambio otro mas puro, así como lo ha dispuesto la benéfica providencia en el órden general del universo. Ve allí aquel obelisco que se señorea en medio del cementerio, rodeado de otro pequeño claustro que encierra otras muchas bóvedas aunque menores dispuestas sobre quatro órdenes: allí es-

peran el glorioso dia de su resurreccion los tiernos renuevos de la especie humana. Como una flor que en su mismo boton, ántes que le robe el zéfiro sus perfumes, se seca; así perecen con su inocencia. Felices los que no conocièron sino las caricias maternas, y deteniéndose apenas en el umbral de la vida para lavar la heredada mancha, se lanzáron de la cuna al seplucro, del tiempo á la eternidad, entretanto que lloran otros el funesto derecho de una mas larga exìstencia. Desde aquí al pie de ese pequeño escarpe, se registra el sitio destinado para las humaciones, compartido con igual simetría. El pequeño pueblo, esta porcion la mas útil y la mas olvidada de la sociedad, hallará allí el último asilo á su indigencia. Y desde el pie del obelisco hasta la opuesta puerta una espaciosa alameda le divide en dos grandes quadros, que rodeados con pequeñas paredes por todas partes, dexan aun al rededor de la cerca ámbito bastante para quatro grandes areas, y otras tantas menores en sus ángulos respectivos, que alternarán por años el órden de los entierros. ¡Que de afanes cuesta el destruir los miserables restos del hombre! Solo así puede eludir de algun modo el inevitable desprecio que le sigue.

La firmeza y hermosura de la gran cer-

ca que rodea el Campo- santo; sus bien compartidas pilastras, adornadas en sus remates de vistosas jarras, y pequeñas pirámides; la anchura y comodidad de sus calles; la fragrancia que exâlan las flores por todas partes; y el sombrio verdor de los cipreses: hermosean en cierto modo este vasto recinto, y presentan la muerte baxo su verdadero aspecto, consolador y terrible. Fatigado el hombre de luchar con la fortuna, la injusticia y los males, descansa en el sepulcro: la Religion disipa su negra sombra; y quando estremecido el mundo á la voz del Omnipotente perecerá el tiempo y la naturaleza; él aquí mas seguro, reanimará sus áridos miembros; será inmortal como su mismo Criador.

Tal es el plan del nuevo Cementerio que acaba de construirse; y si un resto de fanatismo aun preocupa algunos espíritus débiles, sordos á la voz de la razon y de las leyes, oigan al propio interes, miren reformados infinitos abusos, y esperen su total extincion de la actividad del gobierno que la medita y concierta. ¡ Quantas veces libres ya de esta pesada carga que redoblaba la angustia, derramarémos aquí las lágrimas de la naturaleza de la amistad y del amor! Rodeados de estas tumbas que nos esperan, el verdor de las plantas, el silencio y la muerte agi-

tarán nuestro espíritu, se confundirán nuestros suspiros con el apacible zéfiro que mecerá estos álamos, y al repetirlos el eco pavoroso y eloqüente en las efusiones de nuestro corazon, quando el dolor restituye al hombre su dignidad y ahoga en él la falsedad y la lisonja, pronunciaremos con entusiasmo el venerado nombre de ABASCAL, cuyo genio superior y benèfico ha proporcionado en el magnífico edificio que servirá de modelo á las naciones mas cultas, honra y reposo á los muertos, la salud y el consuelo á los vivos.